

Sí! Haced de modo, sábio astrólogo, que en ese dulce retrete se prepare todo para seis, en vez de serlo para dos. Quiero llevar allí á Blanca y á Juana, y os encargo que lleveis á Felipe d'Aunoi y al gentil Oliverio, sin el cual no está bien Juana en ninguna parte. Por lo demas, siempre los mismos cuidados y la misma prudencia, y que la barca nos espere mañana á la hora de costumbre. Es preciso hacer algo por esas pobrecillas, que se fastidian mucho al lado de sus maridos, de esos hermosos príncipes helados, lo mismo que nuestro señor y amo el rey de Navarra, quien parece haberse casado para correr incesantemente por los montes y por los valles. Vé, pues, y ten pronta tu escalera, la cual tendremos cuidado de llevar.

Estas últimas palabras eran demasiado agradables al oido de Orsini para que intentase desviar á la reina de Navarra de la ejecucion de su proyecto.

Así, pues, se apresuró á avisar á los hermanos d'Aunoy, y al page Oliverio.

En la misma noche, Margarita estaba con Juana y con Blanca en el balcon del Louvre, situado precisamente en frente de la Torre de Nesle.

—Veis, queridas hermanas,—las dijo señalándoles la torre,—no se diría que eso ha sido construido espresamente para los imperios del amor, y para odio á los zelosos?

—No sé,—respondió Juana;—pero esas negras murallas me parecen poco á propósito para alegrar el corazon.

—Niña,—dijo Margarita,—qué importa el exterior cuando en el interior está la felicidad? No habeis pensado como yo, en ciertos momentos, en los placeres que se pueden gozar en un asilo seguro, impenetrable para todos, escepto á aquellos con quienes uno quiere estar? Y no conoces qué cosa tan dulce debe ser un prolongado beso, cuyo ruido no pudiera salir de las espesas murallas, bajo cuya proteccion se regalan y se reciben?

—Oh! hermana mia!—dijo Blanca ruborizándose un poco.

—Pero,—se aventuró á decir tímidamente Juana,—es seguro que esa torre es impenetrable para los indiscretos?

—De seguro,—replicó Margarita;—no tiene mas que una puerta que da al patio del hotel, puerta con reja de fierro y tan formidable, que resistiria los esfuerzos de un ejército, y á la salida que da al río, no se puede llegar sin que una mano amiga baje del interior una escalera movable, de manera que la retirada es tan fácil como impotente seria el ataque. Estad mañana en mi aposento, un poco despues de la hora de la queda, y os diré algunas cosas mas.

Y al dia siguiente, un poco despues de las nueve de la noche, la barca trasportaba á las tres cuñadas de una á otra ribera del río; y pocos instantes despues, las tres parejas estaban reunidas en la pieza principal de aquella torre, tan negra por fuera, y tan resplandeciente de luz en el interior.

Esa noche la orgía tomó proporciones colosales.

Orsini se espantó de eso, porque comprendió que no estaban mas que en el

punto de partida, y que Margarita no era muger que se detuviera en ese declive rápido en que se lanzaba con ese amor desenfrenado del placer que ya la habia hecho tan culpable.

Miéntas tanto Buridan proseguia su obra de observacion y de exploracion.

Ya, en traje de estudiante, rondaba en el Prado de los Estudiantes, al derredor del hotel de Nesle, y penetraba hasta el pié de aquella torre misteriosa.

Ya, vestido con el rico traje de los señores de la época, penetraba en la real habitacion de Felipe el Bello, y mezclado entre los cortesanos, espiaba las menores acciones de Margarita, á cuyos ojos estaba inconocible, á causa de la terrible enfermedad de que aun convalecia.

—Es decir,—se decia devorando su dolor,—es decir, que la infame no solo me ha traicionado, sino que me ha olvidado!... Ha olvidado la espantosa solidaridad que ecsiste entre nosotros, y hé aquí despues de haber pagado tan caro su amor, la veo prodigarlo al primer imbécil cuyo rostro atrae sus miradas!

Y Buridan no decia eso sin razon; porque las cosas habian llegado á tal punto, que no teniendo ya límites la lascivia de Margarita, los hermanos d'Aunoi y el gentil Oliverio, como le llama Juana, eran reemplazados por alegres estudiantes, escogidos por Margarita entre la multitud de los que pasaban diariamente bajo las ventanas del hotel de Nesle.

Y cada noche eran nuevos amores, con gran perjuicio de los hermanos d'Aunoi y del gentil Oliverio, para quienes solo de tiempo en tiempo se abría la formidable puerta de la Torre de Nesle.

Pero de tiempo en tiempo se hacían oír siniestros rumores entre el pueblo.

Se decia que todas las mañanas arrastraba el Sena los cadáveres de muchos hombres de facciones distinguidas y de formas hercúleas.

El pueblo, cuya perspicacia es difícil poner en duda, notó muy pronto que esos cadáveres se hallaban siempre en el río, abajo, y nunca arriba del hotel de Nesle.

Adónde, pues, estaban los matadores, y de dónde partían los cadáveres, que casi siempre tenían una ancha herida abajo de la tetilla izquierda?

La voz pública acusaba á los supuestos habitantes de la Torre; pero realmente, la torre estaba inhabitada, y miéntas que era de dia, estaban abiertas las puertas y ventanas.

Las gentes podían acusar, y no dejaban de hacerlo entre sí; pero no pudiendo probar nada, se callaban ante la justicia, la cual permanecía muda ante esos hechos monstruosos.

Pero si la justicia no sabia, ó no queria saber nada, no sucedía lo mismo á algunos personajes; tal sucedía con Enguerrand de Marigny, contralor de hacienda, á quien las tres princesas molestaban incesantemente, y quien no siendo muy puro, se esforzaba en satisfacer á aquellas mugeres tan poderosas, á fin de hacerse de ellas un apoyo.

Habia querido saber á donde iban á dar las enormes sumas que incesantemente le pedian, y lo supo.

Pero sobre todo, nada ignoraba Orsini, quien de ministro *impartibus* se habia hecho verdugo, para no tener rival.

—Señora,—decia un dia á Margarita,—cuidad de no abusar demasiado: el pueblo murmura ya, y de la murmuracion á la sedicion, no hay mas que un paso.

—Qué! Tiemblas? Y tu pobre cerebro se extravía, por algunos villanos entregados á la muerte?

—Señora, si tiemblo, no es por mí, sino por vos. No sé como sucede esto, ni de donde viene; pero á cada instante del dia ó de la noche, cuando me ocupo en serviros, si tengo que volverme, se me aparece una figura estraña; si voy á ella se aleja; si continuó la obra comenzada, permanece, pero siempre á una distancia que no la puedo alcanzar.

—Vamos, Orsini, basta de soñar: nuevas alegrías! Hermosos querubines de quienes recibimos el penúltimo suspiro!..... Verdaderamente esto no es estraño: ¿quién no compraria al precio de su vida la felicidad de pasar algunas horas en nuestros brazos?

Estas palabras no podian ménos de aumentar el espanto de Orsini, quien presentía una terrible tempestad.

—Ah!—se decia,—si ella pudiera ver con mis ojos, oír con mis oídos!..... Pero no: las pasiones de esa muger son un torrente que ruga, y que absorbe cualquier otro ruido.

Y continuaba siendo dócil y adicto.

Sin embargo, las cosas no podian quedar en ese estado.

Buridan, á fuerza de observar, habia descubierto mucho.

Resolvió, pues, dar un golpe decisivo, que le pusiese de nuevo en posesion del corazon de su querida, ó que la hiciese temblar por sus desórdenes.

Un dia que, ricamente vestido, se habia mezclado á la multitud de los señores que asistian á la mañana de la reina de Navarra, se aprovechó del momento en que uno de ellos le besaba la mano, y adelantándose detras del sillón en que ella acababa de sentarse, la dijo estas lúgubres palabras de manera de que ella sola las oyera:

—Margarita, qué hiciste de tu hijo?

La hermosa reina palideció.

Su fisonomía se contrajo y estuvo próxima á desmayarse.

Pero, recobrándose pronto, hizo una señal á Gautier d'Aunoi, capitán de sus guardias, para que impidiese la salida á aquel hombre, á quien no habia reconocido, y quien se alejaba lentamente.

Buridan se dejó llevar al lado de la reina.

—Señor,—le dijo Margarita con una voz poco segura,—me parece no haberos visto aún aquí.



—En efecto, señora, no he tenido el honor de presentarme ante vuestra real persona, desde que dejasteis la corte de Borgoña; pero será ¿posible que el tiempo, los viages, y la cruel enfermedad que me atacó en estos últimos años me hayan cambiado hasta el punto de que no podais reconocer en mí á uno de los mas fieles servidores de vuestro padre, que está en la gloria?

Margarita le habia reconocido ántes de que hubiese acabado de hablar.

El rostro de la reina palideció de nuevo, se estremeció, y un sudor frio brotó sobre su frente; porque creia que Buridan se habia hecho matar bajo las murallas de Constantinopla, donde los cristianos habian sufrido una sangrienta derrota, y donde el antiguo page, herido peligrosamente, habia efectivamente sido contado en el número de los muertos; pero se esforzó en contenerse, y con su mas dulce voz, le dijo:

—Siempre es muy bien venido quien nos trae noticia de nuestra querida Borgoña; quedaos, señor, pronto os escucharémos.

Algunos instantes despues, Margarita y su antiguo amante estaban solos.

Al principio hubo largo silencio.

Margarita fué quien lo rompió.

—Teneis derecho de amarme?—le dijo con emociion; —por qué ha sido esta larga ausencia, y cómo habia de esperar volver á veros, cuando tanto he llorado vuestra muerte?

—Si me habeis llorado, señora, vuestro dolor ha durado poco, y habeis hallado una gran compensacion, y bastante lo sabe Mr. Gauttier d'Aunoi, vuestro capitán de guardias.

Margarita, que estaba de pié, saltó como si hubiese pisado una serpiente.

A un pensamiento de amor que tuvo al principio, acababa de suceder un pensamiento de muerte.

—Pues bien! sí,—dijo ella estremeciéndose de cólera, he procurado con emociiones violentas hacer callar á la vez la voz de mi corazon y la de mi conciencia; ¿pero os toca á vos echármelo en cara? Quereis obligarme á decir en voz alta Este hombre es el asesino de mi padre?

—Como querais, señora; pero entónces tambien yo diré en voz alta lo que aquí digo en voz baja, lo que vos sola habeis oido: Margarita, ¿qué hiciste de tu hijo?

—Es decir, que volveis á mí con el corazon lleno de odio?

—No, con el corazon lleno de amor, Margarita, de ese amor que arde, que corroe, como vos sola sabeis inspirarlo. Pero os quiero nada mas para mí, como en otro tiempo. ¿Qué me importa morir si os he perdido?

—Ah! en eso reconozco á Buridan. Olvidemos lo pasado, amigo mio, y volvamos á ser lo que éramos en la corte de Borgoña, lo que nunca hemos dejado de ser, á pesar de las apariencias, que, os lo confieso, son contra mí. Oh! yo te haré grande, rico y feliz; pero te lo ruego, ni una sola palabra de lo pasado.

—Y conservaréis á vuestro capitan de guardias?

—Hasta que una órden del rey, que obtendré muy pronto, le envíe á hacer la guerra á Bretaña, donde los ingleses acaban de hacer una irrupcion. . . . Dame tu mano, Buridan.

—O h! ven á mis brazos, mi amada Margarita.

Y durante algunos momentos, no se oyó más ruido que el de los ardientes besos que se daban.

—Margarita,—dijo en fin Buridan: . . . para penetrar aquí, he tenido que ser audaz. Cómo he de volver; no tengo ningun cargo en la corte.

—Ya arreglarémos eso, amigo mio. El rey de Francia no es para nada nuestro ilustre suegro, y Enguerrand de Marigny nos permite con gusto agotar sus cofres. Sólo quiero saber donde vives, mi bello y precioso caballero.

—Cerca del Louvre. En el hotel del Cisne de oro.

—Hasta luego, pues! Van á renacer nuestros hermosos dias.

Buridan se retiró con el corazon lleno de alegría, porque iban á realizarse todos sus deseos; por el camino del placer iba á llegar al colmo de los honores y de la fortuna.

A lo ménos así lo creía; pero mientras que se felicitaba esforzándose en olvidar todo lo que habia sabido desde su llegada á Paris, un hombre temible trabajaba en su pérdida.

Ese hombre era Orsini, á quien la reina de Navarra se habia apresurado á decir la vuelta del page, á fin de que tomase las medidas necesarias para proporcionarles una entrevista, que ella deseaba, cuando ménos tan ardientemente como su primer amante; porque al recuerdo de los voluptuosos instantes que habia pasado en los brazos de Buridan, habia vuelto á encenderse su pasion, y sus deseos renacieron más vivos, más ardientes que nunca.

El diestro y ambicioso astrólogo tenia ya demasiado vivas inquietudes para sufrir que Buridan recobrase el ascendiente que en otra época habia tenido en el alma de Margarita.

—Señora,—le dijo,—mi vida es vuestra, ya os lo he dicho y os lo repito, y estoy pronto á probároslo; pero á la vez se trata de la vuestra y de la mia; un secreto que saben tres personas, deja de ser secreto. Vuestra real voluntad va á decidir quién debe desaparecer de este mundo, si Buridan ó yo.

—Pues qué? No podeis servirme como ántes?

—Antes, señora, no teniamos que combatir mas que la autoridad de vuestro padre; hoy tenemos que cuidarnos de un padre, y ese padre es rey de Francia; de un esposo, hijo de un rey, y cuya cólera es terrible, y de un favorito que se hará matar ántes que renunciar á vuestra posicion. . . . Y puesto que mi adhesion me obliga á recordároslo, tenemos que hacer cesar los siniestros temores que corren entre el pueblo, á propósito de una de estas últimas noches. . . .

—Orsini! Orsini! Aun cuando el infierno debiera abrirse para que me precipitaran viva en él, despues de una sola noche como aquellas cuyo recuerdo me

abrasa el corazon, no renunciaria yo á ella! . . . Oh! tú conoces á Buridan, y yo le habia olvidado; pero he vuelto á verle, y mi amor se ha despertado jóven, ardiente, como en la época de nuestros primeros amores.

—Pues bien! Contentaos con una noche; que sea para vos un sueño delicioso; pero que ese sueño se desvanezca para siempre por vos al amanecer!

—Orsini! no digas eso. . . . Oh! tengo miedo de comprenderte. . . . Orsini, quiero conservarlo, quiero que viva! . . .

—Entonces, preparémonos á morir, vos, señora, y yo, vuestro fiel servidor.

—Oh, Orsini! Buridan es tan hermoso! . . . Oh! no le mates! No, no, es preciso que no muera. . . . Oye, te daré cuanto oro sea necesario á fin de que le vigiles, para que no tengamos que temer sus imprudencias.

—Pero eso no nos salvará! . . . Una vez aún señora, la tempestad ruge, el fallo va á caer. Ya, ántes de salir de Paris, el rey vuestro esposo tenia sospechas. Dentro de algunos dias debe volver, y qué sé yo lo que entonces sucederá?

—No sabes, Orsini, que una palabra, que una mirada, que una caricia mia, bastan para apaciguar la cólera mas grande?

—Sí, sé qu easí es, y que lo mismo sucederá mientras que dude; pero cuando ya no dude? Cuando conozca toda la verdad?

—Entonces, Orsini. . . . entonces se enfermaria, y tú te encargarías de curarle.

—Oh! señora. . . .

—Cuidado, Orsini, vacilas, y pronto ya no te reconoceré; pronto ya no serás mas que la sombra de ese hombre prodigioso, tan fecundo en recursos de toda especie, á quien Margarita de Borgoña ha visto hasta aquí como á su providencia.

—No, señora, no vacilo. Ahora, como en otro tiempo, Orsini está pronto á sacrificaros su vida; no le han cambiado los beneficios que le habeis hecho. No es por él por quien prevee y por quien teme, sino por vos, por vos sola. . . . Por vos es por quien vela, por vos es por quien hiere; su brazo y su pensamiento no han perdido nada de su fuerza, y por eso es por lo que quiere herir todavía!

—Pero yo le amo, Orsini! . . . Le amo! Oyes? Le amo con pasion, con furor.

—Y hé ahí por qué os perdeis sin salvarle, si no os rendís á mi opinion. Hace un momento que os hablaba de las sospechas que ha manifestado el rey de Navarra; pero no es el único á quien tenemos que temer, pues muchas veces he visto á otro capitan de guardias, y á su hermano Felipe rondar al amanecer, á la orilla del Sena y al rededor de la torre de Nesle. No saben nada todavía, pero no es imposible que pronto descubran el misterio.

—Y si eso sucediese, no seria Buridan quien lo hubiese causado.

—Sin duda que la causa no puede ser de otro; pero Buridan es un peligro mas, peligro que debe creerse inminente cuando uno conoce al hombre.

—Es decir que quieres que muera?

—Es preciso. Una sola cosa podria impedirme persistir de esa opinion.

—Cuál? Dilo! Dí pronto lo que puede salvarle.

—Sería preciso que renunciarais á verle.

—Pero entonces, su amor se convertirá en odio, y es dueño de terribles secretos!

—Ya lo veis, es preciso que muera.

—Oh! cuántos dolores me preparas!

—Los muertos pronto se olvidan, señora!

—Sí, pronto olvida uno á los que ama.

—Y aun aquellos á quienes uno ha prodigado pruebas de amor.

Margarita de Borgoña levantó la cabeza con altivez, y echando á Orsini una mirada chispeante, dijo gravemente:

—Olvidais quien soy, Orsini!

—Sí, señora; cuando se trata de vuestra salvacion, cuando vuestro honor y vuestra vida está en peligro, de todo se olvida Orsini!

Hubo un largo silencio, durante el cual brotaron las lágrimas á las pestañas de los hermosos ojos de la reina de Navarra; porque del corazón de esa muger se puede decir con razon que era un enigma indescifrable, y un abismo sin fondo.

Orsini esperaba la última palabra.

Al cabo, Margarita enjugó sus hermosos ojos, de los que parecia que las lágrimas hacian brotar una nueva llama, y luego, levantándose lentamente, dijo con una voz profundamente agitada.

—Será, pues la última noche de mi felicidad!

Y fué á tomar una cajita que abrió con una pequeña llave que colgaba de sí misma, y volviéndose á Orsini le dijo:

—Toma, toma oro, mucho oro, y haz que los goces de esta noche sean tales, que no tenga yo tiempo de pensar que deben acabar.

—Os habeis salvado!—dijo el astrólogo sacando á manos llenas el oro de la cajita.—¿Irán á esta fiesta las señoras Blanca y Juana?

—A esta fiesta! Pobre Buridan! Sí, Blanca y Juana irán. Qué importa dos cadáveres mas? Esa fiesta será sin duda la última para mí. Qué importa que la tierra tiemble y que el mundo se abisme al despertar, con tal que nada falte á las delicias del sueño?

Y mientras que Margarita hablaba, el astrólogo continuaba sacando el oro de la cajita, cuyo contenido hizo pasar casi todo á sus bolsas.

Margarita continuó:

—Buridan necesita dos compañeros. Que sean hermosos, Orsini! Hermosos como aquel cuya suerte deben correr.

Orsini se inclinó y salió.

Mientras que eso pasaba, Buridan volvía á su hostería, meciéndose en los pensamientos mas seductores.

Iba, pues, á ser rico y poderoso.

No seria, como lo esperó en otro tiempo, esposo de Margarita de Borgoña; pero iba á ser, y era ya su dueño.



En lo de adelante, Margarita no podía tener mas voluntad que la de Buridan; era suya en cuerpo alma, y fortuna, y acaso pronto, esta muger que iba à ser su esclava, seria reina de Francia!...

Cierto que el rey Felipe el Bello era jóven aún; pero un soberano puede morir de tantos modos!...

Buridan sabia algo de eso cuando dejó la corte de Borgoña.

Cuando el antiguo page de Roberto II se saciaba de antemano con el pensamiento de todos los bienes de que pronto creía gozar, fué interrumpido en sus reflexiones por las palabras de dos hombres del pueblo, que conversaban en alta voz, siguiendo como él, la orilla del rio.

—Le viste? preguntó el otro.

—Sin duda, y yo mismo ayudé à sacarle del agua, porque en ese momento pasaba yo el rio.

—Y la víspera se habian hallado dos.

—Y dos dias ántes, tres.....

—Y todos jóvenes y hermosos, de seguro caballeros, vestidos de seda, y con zapatos de tacones dorados.

—No se dice que todos llevan una herida de daga en el pecho?

—Sí, parece que les hieren de modo que mueran inmediatamente.

—Es preciso que los ladrones paguen bien à los soldados de la caserna, para que les dejen hacer trabajo tan grande y tan inmenso botin.

—Bah! compadre, lo mismo que los demas. Vas à echar la culpa de eso à los ladrones? Seria preciso que esos bandidos tuvieran al diablo en el cuerpo para venir de todos los puntos de la ciudad, à traer al mismo lugar los cadáveres de sus victimas, sin tomarse la pena de desnudarlos.... Eso seria demasiada brutalidad, compadre, y no es por eso por lo que pecan los truanes contra-bolsillos. En esto hay otra cosa; en cuanto à mí, al ver que esos cadáveres se hallan siempre abajo, y nunca arriba de esa torre tan negra por de fuera, y que dicen que es muy brillante por dentro, he pensado que en ese lugar se tiene una sed frecuente de sangre jóven y noble.....

—Pero esa torre depende del Hotel de Nesle, pertenece hoy à S. M. el rey.

—Cierto, eso lo sé tan bien como tú; pero el rey tiene una hermosa y larga descendencia, y puede ser que entre ella haya alguno que quiera introducirse en las venas sangre jóven y caliente en lugar de la vieja que tiene. He oido decir que algunos astrólogos y mágicos operan maravillosamente de esa manera mejor que lo puede hacer esa fuente de Jouvence.

—Por Santiago mi patron, compadre, que creo que eres adivino, y es cosa de dicha para los habitantes de la ciudad y para los villanos, que solo sirva la sangre noble para esos maleficios; porque de otro modo, los pescados del Sena tendrían mucho mas júbilo y francachelas.

Este coloquio, que Buridan oyó todo entero, le desencantó un poco; porque él sabia à qué atenerse respecto de la causa y de los autores de esos asesinatos, y

se preguntó si en las presentes circunstancias no tenía nada que temer de una muger que de ese modo sabia imponer silencio á las gentes, y sepultar en la estremidad el secreto de sus desórdenes.

—Pero no,—se dijo esforzándose por disipar esa nube que habia oscurecido sus pensamientos color de rosa; esos desgraciados no han sido para Margarita mas que un pasatiempo, un medio de aturdirse, de saciar por un momento su corazon y sus sentidos. No les amaba, no podia amarles, y á mí sí me ama.... Me ama con un amor inmenso, casi insensato.... Es verdad que tambien debe temerme, y que la revelacion de los secretos que poseo, seria mucho mas terrible que la que pudieran haber hecho esos desdichados.... Pero puedo tomar precauciones.... Y luego, es preciso dejar algo á la ventura; bien se puede afrontar cualquier peligro, cuando se trata de conquistar casi un trono.

Y mientras, Orsini se decia por su parte:

—Vamos, tres víctimas aún!.... pero ni una de mas. Señoras nueras del rey, que estais cada una doblemente provista, en lo de adelante no tendréis mas que un amante para compensar al marido, y nada mas, ó dejo de protejerlos, y me voy á Italia, á donde con tanta felicidad he hecho llegar mi fortuna. Ya es tiempo de que goce yo de la vida, y de cambiar las amarguras de la obediencia con las dulzuras del mando.... Pero esta muger es verdaderamente magnífica, y no sé cómo el superintendente Marigny puede cubrir todos sus gastos.

En efecto, las prodigalidades de Felipe el Bello y de toda su familia, eran monstruosas: de ahí es que, aunque los impuestos fuesen percibidos con un extremo rigor, se veía frecuentemente obligado á establecer otros nuevos, y á menudo el rey y los ministros no tenian vergüenza de recurrir al robo, á las vejaciones de toda clase, á la mas desenfadada bandería.

«Todos, dice Michelet, todos se apoderaron ciegamente de los primeros recursos que tienen en sus manos; deshonrosos, efimeros y hasta ruinosos, nada les importa.

«Robo, moneda falsa, confiscacion, asesinato, se informan poco de los medios.

«Añadid que las necesidades del lujo se hacen sentir; que los artistas italianos van á llegar; que el príncipe necesita joyas, sellos admirables, manuscritos preciosos, que tambien son joyas....

«Esos encantadores palacios del siglo XIV, cuyas ogivas admiramos todavía, alguna torre elegante.... todo eso es sudor y sangre!

«Esto simplifica la historia de Felipe el Bello y de sus hijos.

«Una inmensa necesidad, una avidez inmensa, eso fué todo su gobierno.

«Su historia se reduce á un solo acto: la confiscacion....

«Cae sobre los negociantes extranjeros, sobre los lombardos, sobre los negociantes indigenas, sobre los judios; destierra á los unos y á los otros, reteniendo sus bienes....

Felipe va á tomar posesion de la Irlanda, y la reina llora por verse borrada en efigie por los negociantes de Burges.

—«Aquí,—dice con despecho,—no veo mas que reinas.»

«Ya no habia mas judios ni lombardos cuyos bienes confiscar, y quitó á las gentes acomodadas y á los nobles su vagilla de plata.

«Comenzó á falsificar moneda menuda y recibiendo en moneda fuerte, prohibiendo á los señores tener moneda de plata, reservándose de este modo ser el único monedero falso.» (1)

Y cuál era el precio del trabajo entre ese pueblo tan cruelmente tiranizado?

En aquella época el marco de plata valia tres libras siete sueldos diez dineros.

Un dia de trabajo de un buen carpintero y de un buen albañil, se pagaba con un SUELDO y el alimento, ó con UN SUELDO Y SEIS DINEROS sin alimentarle.

Los zapateros de media calidad eran pagados cuando mas á DOS SUELDOS.

Tal era el gobierno de la Francia en la época en que pasó el drama que referimos.

Un poco mas tarde, Enguerrand de Marigny, superintendente de hacienda, fué ahorcado por malversacion y derroche de los fondos del Estado, y al mismo tiempo que se confiscaban sus bienes, se quemaba á los Templarios para apoderarse de sus inmensas riquezas, y gracias á los desórdenes del género de los que referimos, los cofres del Estado estaban siempre vacíos, como el tonel de las Danaides.

(1) MICHELET, compendio de la historia de Francia.